



Las seis cuerdas de la guitarra

Los ciudadanos se han pronunciado y Sebastián Piñera será el próximo Presidente de Chile. Transcurrió medio siglo para que la derecha nuevamente hiciera ingreso en forma democrática a La Moneda, habiendo desplazado a una coalición que gobernó por 20 años y cuyo legado quedará inscrito en nuestra historia. Aunque ya habrá tiempo para mirar atrás y así aprender de nuestros errores, quisiera por ahora esbozar los principales desafíos que el próximo gobierno tiene por delante.

No hay una segunda oportunidad para dejar una primera impresión. Los primeros seis meses de instalación serán decisivos. Para partir, porque más allá de todos los esfuerzos de planificación que han realizado, la tarea de gobernar es de suyo compleja y buena parte del éxito estriba en una práctica plagada de códigos, formas y costumbres que son difíciles de percibir desde afuera. El alejamiento de un gran número de funcionarios y su reemplazo por quienes gozan de la confianza política del nuevo Presidente tendrá que ser compatible con un proceso de rápido aprendizaje, donde ineludiblemente deberán ganarse la confianza de los muchos que se quedarán y cuya colaboración y complicidad resultan indispensables.

Segundo, y relacionado con lo anterior, el nuevo gobierno tendrá que hacerse cargo de las enormes expectativas que generó. La eficiencia y la mejor gestión son un discurso fácil de pronunciar, pero muy complejo de implementar. El Estado se mueve lento y su inercia es a ratos aplastante. Para qué decir sobre algunas de las promesas de campaña: el millón de empleos (es decir, 250 mil por año), el "Sernac Financiero" para terminar con los abusos de los bancos, cerrar Dicom o resolver definitivamente los problemas de seguridad ciudadana, sólo por nombrar algunas.

De igual modo, tendrán que pensar bien la conformación del primer gabinete y de los otros cargos estratégicos del gobierno. La promesa del cambio sólo puede estar respaldada por un amplio grupo de jóvenes, con importante protagonismo en las mujeres, que de verdad estéticamente evidencie que se han dejado atrás las mochilas del pasado.



Si la centroderecha aspira a que su paso por el gobierno no sea sólo un paréntesis, además de hacerlo bien deberá institucionalizar un sello político que pueda endosarse a su próximo candidato”.

A continuación, deberán lidiar con un escenario político y social complejo. El nuevo gobierno no tendrá mayoría en ninguna de las dos cámaras del Congreso. Pese a nuestro excesivo presidencialismo, la legitimidad política del nuevo Ejecutivo se jugará en Valparaíso. Algo similar ocurre con los movimientos sociales, grandes sindicatos o colegios profesionales. Careciendo de la complicidad política con buena parte de esos interlocutores, el gobierno deberá responder a una pregunta compleja: ¿Cómo seguir siendo populares sin ser populistas?

En quinto lugar, y por lo mismo, también deberá resolverse la tensión entre lo que interese al nuevo Presidente y a las fuerzas mayoritarias que lo acompañan. Si de verdad aspiran a que su paso por el gobierno no sea sólo un paréntesis, además de hacerlo bien deberán institucionalizar un sello político que pueda endosarse a su próximo candidato. Desde esta perspectiva, el sentido práctico de Piñera es una amenaza para la reconstrucción del *ethos* político de la derecha.

Por último, habrá que confrontar a la nueva oposición. El peor error que podría cometer el próximo gobierno es intentar destruir la imagen de sus antecesores. La Concertación ha dado suficientes pruebas de cuán fuerte la aglutina su pasado y su historia. Mancillar dicho legado sería la mejor excusa para una oposición irracional, insensata y destructiva (algo así como una estrategia del desalojo 2.0). Nadie que de verdad quiera a Chile podría desear eso.